

A close-up, high-contrast photograph of a wolf's face. The wolf's eyes are a striking, glowing red. Its mouth is open, showing sharp, yellowish teeth and a dark tongue. The fur is a mix of grey and white, with some darker patches around the eyes and on the muzzle. The background is dark, making the wolf's features stand out.

Luna de plata

Continúa la historia de hombres lobo

David Wellington

Los días se vuelven más fríos. Las noches, más largas. Y cada vez que sale la luna, la loba que habita su interior es más fuerte.

Cheyenne Clark se ha transformado en una de esas bestias a las que tanto desprecia. Ronda el Círculo Polar Ártico en búsqueda de un antiguo secreto que podría liberarla de la maldición de la licantropía y devolverle su esencia humana. Pero entre Chey y su meta se interponen un cazador de hombres lobo que ha descubierto un arma diabólica para acabar con ellos, una mujer loba de varios siglos de edad con oscuros propósitos... y los sentimientos de Chey para con el hombre que arruinó su vida y que ahora podría salvarla. Sin embargo, el obstáculo más difícil de sortear es que la loba que vive dentro del cuerpo de Chey se vuelve más y más fuerte al pasar el tiempo. Poco queda para que la mujer desaparezca del todo y tan solo quede la bestia.

Para Adelaide

Agradecimientos

Al acabar de escribir *Balas de plata* siempre me preguntaba hacia dónde iban los lobos. Me gustaría agradecer a Julián Pavía, mi editor, y a todos los de Tree Rivers Press, que me hicieron posible descubrirlo. También agradecer a mi agente Rusell Galen por creer que en la vida hay algo más que zombies y vampiros.

PRÓLOGO

Aunque El Último Cartucho de Tucker era el bar más pendenciero de Menden, en Alaska, la mujer desnuda que entró tambaleante por la puerta bastó para dejar boquiabierto a Greg Tomas. Era el médico del pueblo, y a lo largo de su vida había visto cosas muy extrañas, pero no tanto como ésa.

Margie Hurlwhite se encontraba detrás de la barra. Silbó débilmente y dejó el vaso que estaba llenando. Los cuatro hombres que se encontraban en el bar se volvieron todos a la vez para verla, y ninguno de ellos dijo ni una palabra. Tres de los hombres eran viejos pescadores, con las manos tan curtidas y deterioradas que a duras penas podían ya sostener un cuchillo. Tomas, el cuarto, se levantó con tal brusquedad que derribó el taburete sobre el que se sentaba. Armó tal estruendo que por unos instantes impidió que se oyera la radio, y, sin embargo, ninguno de los presentes apartó los ojos de la desnuda visitante.

Tomas se enjugó las manos con los pantalones.

—¡Eh, hola! —dijo, cuando tuvo claro que nadie más iba a dar la bienvenida a la recién llegada.

La joven le miró a los ojos y sonrió. No dijo ni palabra. Greg Tomas pensó que era bella, con una hermosura a la que ninguna de las mujeres de Menden habría podido aspirar. Su larga melena pelirroja le caía sobre los ojos e impedía que se le viese bien la cara, pero no llegaba a cubrirle los pechos, y aún menos el resto. Aparentaba unos veinte años, o quizá menos. Tan sólo una muchacha. Tomas volvió a secarse las manos en los pantalones porque, de pronto,

las tenía sudorosas. Había pasado mucho tiempo desde la muerte de su esposa y desde entonces apenas había pensado en mujeres, pero es que aquélla... aunque tal vez no fuera deseo lo que en aquel momento sentía su corazón. En aquella muchacha había algo fuera de lo común. Tal vez porque no hacía ningún esfuerzo por taparse. Porque no temblaba, aunque los copos de nieve relucieran en sus cabellos. La temperatura exterior estaba bajo cero y la joven tenía los pies húmedos, como si hubiera caminado sobre la nieve, pero parecía como si uno pudiera quemarse tan sólo con ponerle la mano sobre el brazo.

—¿Qué le parece, doctor? ¿Ya ha visto lo suficiente como para emitir un diagnóstico? —le preguntó Margie, que salió de detrás de la barra con la intención de llevarse adentro a la muchacha. No quería dejarla en la puerta. Pero no se le acercó lo suficiente para tocarle la piel, sino que le hizo un gesto para que fuese al fondo del bar y se sentara en uno de los dos reservados con banquetas tapizadas en cuero rojo.

Margie le había hablado con evidente sarcasmo, pero Tomas negó con la cabeza y le respondió igualmente:

—Creo que padece hipotermia. Tenemos que hacerla entrar en calor. —Se sacó el anorak y se lo puso a la muchacha, con lo que se ganó una nueva sonrisa, una sonrisa de gratitud—. Margie, prepara un café, ¿quieres?

—Ahora mismo tenía una cafetera calentándose —le dijo Margie. Volvió a sus tareas al otro lado de la barra, mientras los tres pescadores giraban sus taburetes para poder ver a Tomas y a la muchacha. Parpadeaban y se frotaban la cara como si no se lo pudieran creer.

—¿Qué te ha ocurrido, mujer? —le preguntó Tomas—. ¿Has tenido un accidente o algo así? ¿De dónde vienes?

La joven ladeó la cabeza. Los mechones se apartaron de sus ojos y miró a Tomas a la cara.

—No he tenido ningún accidente, *monsieur*. He llegado por mar, ahora mismo, en un bote.

—¿Conoces a alguien de por aquí? ¿Alguien a quien pueda llamar?

La sonrisa se desdibujó.

—Nadie muy cercano, pero conozco a alguien, sí. He venido a por mi hombre, no lo he visto en mucho tiempo.

—¿Y ese acento que tienes? —le preguntó Margie al traerle el café. Lo dejó sobre la mesa, frente a la joven, con manos temblorosas—. Parece que vengas de Quebec. ¿Eres quebequesa, cariño?

—*Je suis française*, pero he pasado un tiempo en el extranjero. Ahora mismo venía de Rusia.

«Bueno —pensó Tomas—, eso sí que encaja». Menden se encontraba en la costa occidental de Alaska, lo más cerca que se podía llegar de Rusia sin echarse al agua. El tránsito de embarcaciones entre ambos continentes era incesante. Por supuesto que la gran mayoría de los que viajaban en ellas se ponían ropa adecuada al clima.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Margie, y Tomas se sintió como un canalla por no haberse acordado de preguntárselo.

—Me llamo Lucie, gracias.

Tomas le hizo un gesto a Margie para que se apartara. La camarera se había acercado tanto a la joven que no le dejaba espacio para respirar.

—Trae mantas, una lona, lo que sea. Y sube la calefacción. Creo que el frío la ha dejado aturdida. Tenemos que...

—Me encuentro muy bien, señor —dijo Lucie, y le agarró la mano a Tomas. El hombre se estremeció, como si hubiera temido que su roce le quemara. La joven tenía la piel caliente, pero se mantenía dentro de la temperatura corporal normal. Tomas se fijó en que los labios no estaban azules, ni siquiera agrietados, y en que las pupilas se veían normales—. ¿Pero me podría decir una cosa, por favor? Ese reloj de allí, ¿funciona bien?

El hombre se volvió hacia el viejo reloj de cuco que se encontraba sobre el espejo, entre dos raquetas de nieve con categoría de antiguallas. Marcaba las nueve menos cuarto.

—Supongo que sí —dijo Tomas, por mucho que tuviera la sensación de que no marcaba la hora correcta.

—No, cariño, es la hora del bar —le explicó Margie—. Siempre va quince minutos adelantado. Así, a la hora de cerrar, puedo meterles más prisa a esos imbéciles para que se vayan. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Es que tienes una cita con tu hombre?

Lucie negó con su linda cabeza.

—Todavía no. Sólo lo preguntaba porque esta noche la luna va a salir a las ocho y media.

Tomas arrugó el entrecejo. Esa muchacha tenía algo fuera de lo común. Algo muy raro.

—¿Sabes la hora a la que sale la luna?

—Me sorprendería que hubiese salido sin mí —le respondió Lucie—. ¿O sea que ahora mismo son las ocho y media? Sí, ya lo estoy notando. —Se encogió de hombros y el anorak cayó al suelo—. *Merci*. Todos ustedes han sido muy amables.

Al recoger el anorak, Tomas se dio cuenta, demasiado tarde, de que no había sido ella quien lo había dejado caer. Se había caído por sí mismo de su cuerpo. O tal vez... lo había atravesado. La muchacha se había vuelto intangible, y su carne, transparente, de tal modo que Tomas alcanzaba a ver el cuero rojo de la banqueta a través de su piel blanca.

—Por Dios bendito... —dijo—. Eres como un... un fantasma.

—No, *monsieur*. No soy ningún fantasma.

Se produjo un destello de luz plateada, un fulgor semejante al de la luna cuando brilla sobre aguas agitadas. Entonces Tomas se encontró con que tenía entre los brazos una cascada de pelo de animal y baba y un ejército de

enormes dientes. La sangre salpicó el suelo polvoriento del bar y Margie chilló, pero Tomas no alcanzó a oírla. Nunca más volvería a oír nada.

PRIMERA PARTE

El gran lago del oso

1

Por primera vez en su vida, Cheyenne Clark se sentía casi feliz.

No quería reconocérselo a sí misma. Tenía un buen número de razones para sentirse desgraciada, deprimida, e incluso cabreada. Pero esas razones se le hacían muy lejanas.

En otro tiempo lo había pasado mal. Muy, muy mal, y no había podido preservar su inocencia. La joven —o, más bien, su loba— había hecho cosas que prefería no recordar.

Un agente del gobierno canadiense la había torturado. La había empleado como cebo para llevar a otro hombre lobo hasta la muerte. Los dos lobos habían respondido a su ataque y la situación había escapado a todo control. La joven había enloquecido un poco. Tal vez mucho. Había matado a varias personas. Aunque ella habría preferido decirlo de otra manera: su loba había matado a varias personas.

Pero todo eso había quedado en el pasado.

Ya no estaba sola. Chey contaba con Montgomery Powell. Todavía le llamaba Powell, aunque el hombre le hubiera dicho que eran amigos y que podía llamarle Monty. Estaban unidos, con una unión que la joven no había experimentado nunca con un ser humano. Se parecía, más bien, a los vínculos que unen a los lobos de una misma jauría. Habían dirigido sus pasos hacia el norte, lejos de cualquiera que pudiese buscarlos. Lejos de personas a quienes pudieran hacer daño, y que pudieran hacerles daño a ellos. Personas que pudieran conseguir con facilidad balas de plata.

Esas personas estaban muy lejos de ellos. En los Territorios del Noroeste de Canadá había muchos parajes deshabitados en los que se podrían refugiar.

Se pusieron en marcha desde Port Radium, una ciudad fantasma, tan contaminada que era inhabitable, y siguieron las sinuosas curvas de la orilla del Gran Lago del Oso, siempre cerca del agua, donde aún se cazaba bien. El verano había terminado, y aunque la tierra todavía estuviera blanda y el viento aún no mordiese con fuerza la piel, la mayoría de los venados ya empezaban a migrar hacia el sur. Cada día se encontraban menos liebres americanas, e incluso los ratones campestres escaseaban. Al capturar su primer lemming (una especie de rata grande con el lomo rojizo y el rabo corto), Powell lo llevó al lugar donde acampaban y lo examinó como si leyera un periódico.

—Debemos de estar ya en setiembre —dijo.

Se sacó una navaja del bolsillo y se puso a despellejar al animal para cocinarlo en la hoguera. Chey hizo una mueca de asco y se volvió. Se dio cuenta de que el hombre la miraba, de que estaba sorprendido, pero había ciertas cosas que aún no sabía afrontar con la misma naturalidad que su loba.

—En cuanto lo haya asado, te lo vas a comer, ¿no? —le preguntó Powell.

—Sí —dijo ella. Últimamente tenía bastante hambre, y sabía que en cuanto olierá la carne asada, no se podría resistir—. Sólo que no quiero ver cómo lo cortas. Eso es todo.

—Deberías aprender a despellejarlos. Dentro de poco serán nuestro principal alimento. Para entonces, tendrás que saber prepararlos.

Chey negó con la cabeza. Los lobos de ambos eran perfectamente capaces de cazar por sí mismos. Powell y Chey no tenían ninguna necesidad de comer, ya que todo lo que alimentara a sus lobos los alimentaba también a ellos. Pero Powell insistía en cocinar, porque era un ritual humano y le

hacía sentir como si aún controlara su destino. La joven... se lo respetaba. Respetaba que todavía pensara en sí mismo como en un ser humano afectado por una enfermedad. Una dolencia que podía dominar. Pero ella no se hacía tantas ilusiones.

—Dejaré que lo haga mi loba —dijo.

Su loba estaba encantada de vivir allí. Su loba medraba en el frío constante, en el silencio entre los árboles. En el aire puro. Y Chey no tenía manera alguna de librarse de su loba, así que tendría que conformarse. Su loba odiaba a los seres humanos y los atacaba tan pronto como los veía, aun cuando no tuviese hambre. Chey no quería que eso ocurriera. No quería tener que cargar con las consecuencias. Su única escapatoria era vivir en aquel sitio donde aún había menos seres humanos que palmeras. Lo mismo se le había ocurrido a Powell varias décadas atrás, cuando no le quedaba ya ninguna otra posibilidad. Chey había tomado la decisión de marcharse con él, de aprender de él, de vivir a su lado, para no tener que estar completamente sola.

En cuanto el lemming se hubo asado, Powell cortó un filete y se lo ofreció. La carne estaba fibrosa y olía mal, pero el estómago de la joven se retorció alegremente cuando el primer bocado de grasa le acarició la lengua. Chey lo engulló sin molestarse apenas en masticarlo.

—¿Y bien? —le preguntó Powell.

—Está demasiado hecho —le respondió Chey. Powell suspiró y empezó a volverse, pero la joven le agarró bruscamente por el brazo—. ¿Queda algo? —dijo.

Powell la contempló con sus ojos verdes, grandes y fríos. Unos ojos que Chey veía, a veces, cuando estaba a punto de dormirse, unos ojos que le era imposible no ver. Los ojos de Powell le escudriñaban el rostro en busca de algo. La joven sabía que no buscaban aprobación. El hombre era demasiado duro como para necesitarla. Tampoco una disculpa, porque Powell sabía muy bien que Chey no se la iba a ofrecer.

La joven sabía que le había tratado con dureza. Con una aspereza que no se había propuesto. En cierta ocasión, Powell la había herido, y Chey no le iba a perdonar jamás del todo.

Pero quizá... quizá no tuviera que tratarle tan mal. La situación había cambiado. Y cambiaría sin cesar, sobre todo entre ellos dos. Y, en verdad, todo lo malo, la triste historia que la había llevado hasta allí, empezaba a resultarle muy lejana.

Chey dio un paso hacia él. Powell no necesitó más. También dio un paso hacia ella, la tomó entre sus brazos y la estrujó contra su cuerpo. Había algo dentro de Chey que deseaba apartarlo de sí. Que deseaba estallar en cólera, golpearle, gritarle a la cara y clavarle las uñas en los ojos.

Pero, en cambio, la joven apretujó el rostro contra la garganta del hombre. La camisa de franela de Powell olía a humo de leña, porque había estado cerca de la hoguera. Debajo de ésta, Chey distinguía su olor corporal. Olía bien. Cerró los ojos y se relajó entre sus brazos.

—Gracias por el desayuno —le dijo Chey.

—De nada. —Había hablado con voz ruda, como siempre, pero no logró disimular el alivio que sentía.

2

Recogieron sus cosas y se pusieron en marcha hacia el norte, a pie, como siempre. Chey se sentía como si se hubieran pasado la vida entera de camino hacia el norte. No se le cansaban las piernas, no de la manera en que se habrían cansado si hubiese sido humana, pero al cabo de ocho horas sin parar, pensó que se merecía una pausa. Sin embargo, Powell la obligó a recorrer otros dos kilómetros, hasta que de repente, sin previo aviso, le dijo que se detuviera.

Chey no se lo discutió. Se dejó caer sobre una desigual alfombra de hierba amarillenta y se sacó los zapatos. Los dedos de los pies se lo agradecieron.

—Aquí hay algo que tendrías que ver —le dijo Powell, erguido y tieso, como si fuese un guarda forestal y le enseñara una visión panorámica.

Chey respondió con un gruñido.

Powell lo interpretó como una autorización para seguir hablando. Igual que todos los hombres que la joven había conocido, aprovechaba la más mínima oportunidad para soltarle discursos.

—Esto es lo que queda de Fort Confidence —le dijo, mientras daba golpecitos en una roca con la bota.

—¿Aquí hay un fuerte? —preguntó Chey, mirando a su alrededor. No vio nada más que maleza y un par de árboles. En el suelo había dos montones de piedras de contorno rectangular y Chey pensó que parecían demasiado regulares como para tratarse de una estructura natural. Pero había que forzar la vista para percibirlo.